

Un señor Charras, argentino y materialista, tuvo hace cuatro años la mala ocurrencia de dar á luz... un *canto* pelón, completamente pelón, sin un pelo siquiera de poesía.

Y una alma buena de por allá tuvo en seguida la ocurrencia feliz de enviarme el *canto* del señor Charras, comentado y todo.

Titúlase el susodicho *canto*, que es un romance de ciego nada más, pero de muy ciego, *La mujer y el patriotismo*.

Y ¿á que no aciertan ustedes qué mujer ha elegido el buen Charras para personificar el patriotismo en ella?

No había de elegir una española ni una hispano-americana, porque es antiespañol furibundo, y además anticristiano rabioso; y en su odio á España y á la Religión, va y... ¿qué hace?

Pues elige una mora, una mujer que no tiene personalidad social, que es esclava,

que no tiene patria, y, por consiguiente, no puede tener patriotismo.

¡Ocurrencia como ella!

Pues sí: el señor Charras se forjó una mahometana allá á su modo, y para ponderar el patriotismo de una mahometana, escribió su *canto* en cuatrocientos treinta y dos versos, y le imprimió, que es lo más triste.

Y en la segunda portada le puso muy formal esta vanidosa inscripción: *Vale un peso*.

Hombre, no: le *costará*, si acaso; aunque tampoco es fácil, porque no habrá nadie que le compre; pero lo que es valer, no vale un peso... ni un perro chico, que es como llamamos al centavo en esta tierra.

Más abajo lleva esta otra inscripción: «Su *producido* es para obras de beneficencia.»

Alabemos la intención, aunque... ¡pobres de los pobres si no contaran con otros *producidos* que los del *canto* del señor Charras!

De todos modos, la intención es laudable. Especialmente, si es que el señor Charras ha querido compensar con la beneficencia del *producido* la maleficencia literaria del *canto*.

Al dorso de la segunda portada se lee esta otra advertencia impresa:

«Es propiedad del autor, y nadie está

autorizado para reimprimirlo sin su consentimiento.»

Debajo de la cual se lee, puesto de pluma por el remitente:

«Era innecesario decirlo.»

En la siguiente página aparece copiada una tarjeta del General Mitre, amigo del autor, devolviéndole el *canto*, que le había remitido en consulta, y haciéndole juiciosas observaciones.

Pero... sermón perdido.

Porque el Sr. B. V. Charras no es de los que se convencen así como quiera, ó en un dos por tres, sino de los que siguen en sus trece.

El Sr. B. V. Charras contesta á las observaciones del Sr. Mitre escribiéndole una carta muy larga é imprimiéndola como prólogo del *canto*, que en vez de ser lo principal resulta lo accesorio en el folleto, pues no ocupa más que siete hojas, mientras la carta ocupa doce.

«Ilustre compadre mío—empieza la carta:—Con íntimo placer de amigo y al mismo tiempo con el legítimo orgullo de argentino, he leído su tarjeta, donde usted se digna emitir su opinión con respecto á mi *canto* *La mujer y el patriotismo*. Usando á la vez de la franca amistad que me manifiesta, voy á entrar en algunas *consideraciones despojadas de toda vana pretensión...*»

Y luego... ¡qué han de estar despojadas!... Todo lo contrario.

Y eso que al comenzar la carta ha puesto una especie de lema de su propia cosecha y con su firma, diciendo:

«Muy lejos de mí la idea de querer convertirme en titán, ni pretender volar á las alturas con alas de cera, como las de Icaro...»

Pero ¡vaya si lo pretende!

Verán ustedes ahora las consideraciones del señor Charras:

«En *La mujer y el patriotismo*, *Luz de Arabia* es, antes que todo, una heroína que si bien no combate por redimir esclavos, como lo repetía Bobolina, pues ella misma lo es, según usted lo dice (¿se van ustedes enterando?), combate por lo menos como Boadicea...»

Bo...adicea... Bobo...lina... Aquí todo empieza con Bo... Entre bo...bos anda el juego.

«... Combate por lo menos como Boadicea, con un valor intrépido, por defender el suelo en que nació, cuando mira que la planta *extranjera* se posa en él, y cuando *el pendón de la odiosa conquista...*»

¡No estaría ella mala pendona!...

Por supuesto, que *pendón de la odiosa conquista* llama el señor Charras á la bandera de la Reconquista de España, á la glo-

riosa bandera con que nuestros abuelos libertaron palmo á palmo esta tierra cristiana del bárbaro poder de los musulmanes.

Y llama *planta extranjera* en Granada la de los españoles.

El señor Charras siente mucho que los moros perdieran á Granada y que la ganaran los cristianos. Para él, entre los moros y los cristianos la elección no es dudosa: se queda con los moros... gracias á Dios.

Simpatías muy naturales.

«Creo, señor—añade Charras,—que el defender la patria es una acción que dignifica al mismo esclavo y *adorna con las palmas gloriosas* al que, como la mora que pinto...»

¿Pinto ó Valdemoro?... Ya se sabrá...

«La mora que yo he descrito—continúa—se aparta completamente de las otras moras. (¿De las de zarza?) Ni su *carne* ni sus...»

¡Dios mío! ¿Nos irá á analizar la carne de mora auténtica?...

«Quise imitar á Juno, que concibió á Marte.»

Ya ven ustedes si el hombre se va por arriba, imitando á las diosas...

¡Y decía que estaba despojado de toda vana *pretensión!*...

Para que uno se fie.

«Quise imitar á Juno, que concibió á

Marte, y no he logrado en mi intento ni una Hipólita de papel, si usted se empeña en su fallo respetable; pero me consolaré del fracaso el tener en mi poder un autógrafa más de usted...»

¡Ah! Pues no es tan difícil de consolar como podía creerse.

«... un autógrafa más de usted, y las valiosas acotaciones que ha hecho en mi folleto...»

¡Vamos!... Al hombre le gusta que le den en los nudillos...

«Imbuído en las ideas de libertad que el asunto encierra, siento llegar á mi mente un pensamiento...»

¡Qué cosa más rara!...

«... un pensamiento de Flores...»

No es de flores naturales, sino de un Flores, mal poeta, de los coleccionados por Marcelino.

«... un pensamiento de Flores que viene á prestarme su ayuda poderosa.»

¿A ver?

« . . . . . pero tu diestra  
Sobre mi frente *pálida* un instante  
(¡Y al otro instante *roja*! ¡Buena muestra!)  
Puede hacer del esclavo arrodillado  
El hombre rey de corazón gigante.»

¡Valiente pensamiento!... Y adelante:

«No cito á Espartaco...»

¡Mejor! Siga usted.

«En mi composición la mora está sin grillos...»

¡Que sea enhorabuena!

«Amante, señor, de que la humanidad sea libre, mi intención fué presentar á una esclava *con la ley y sus ligaduras hechas pedazos...* y convertida en heroína defendiendo y muriendo por la patria.»

Bueno que la mora hiciera pedazos la ley y sus ligaduras; pero no está tan bueno, señor Charras, que usted, siguiendo su ejemplo, quiera hacer pedazos también la ley gramatical y las ligaduras de la sintaxis.

Lo digo porque esos dos verbos, defendiendo y muriendo, como no se construyen lo mismo, sino que uno pide acusativo y otro ablativo, no ha debido usted ponerlos así, unidos por una conjunción.

Porque viene usted á decir que murió *defendiendo por la patria*, lo cual no se dice, sino defendiendo *á la patria*.

Siga usted.

«De la *discusión* nace la luz...»

No se dice así: se dice de la *discusión*; pero tampoco así es verdad, porque no nace. Verá usted cómo no nace ninguna luz de la discusión de usted con el General Mitre.

«Pero yo no me quiero valer de ella (¡ah!), porque no deseo *darle* á mis palabras...»

¡Buena concordancia! Se dice *darlas*, ó, en académico, *darles*...

«El señor General me ha ofrecido el caso (se dice la ocasión) de que demuestre mi plan y mis ideas...»

Trabajo le va á usted á costar.

«En la primera estrofa leo: *no es verso*; y enmendado así: «En los tiempos de Boabdil...»

Y tuvo razón el General, porque «en tiempos de Boabdil,» como usted pone, no es verso octosílabo.

Pero usted no quiere dar su brazo á torcer, y dice:

«Será cuestión de la pronunciación del nombre...»

¡Claro que es cuestión de la pronunciación! Que el General pronuncia bien y usted mal el nombre de Boabdil.

«O habré tenido muy mal gusto al hacer el verso.»

No le ha tenido usted bueno ciertamente.

Y todavía le tiene usted malo, que es lo más triste...

«Pero yo me dije al escribirlo: aunque aparezca *algo duro*, no pondré *los*...»

¡Me parece bien la docilidad!... Y entonces, ¿para qué consultó usted con el General Mitre?...

Usted no conoció á D. Hilarión, el de Salio...

D. Hilarión era un pobre hombre que hacía gala de ser terco.

Verdad es que no podía hacerla de ninguna otra cosa, porque la terquedad era su única cualidad saliente.

No era de Aragón; pero decía él que tenía cabeza de aragonés, y estaba muy contento con ella.

Una vez fué á Pedrosa á casa del Juez de Paz con objeto de entablar un juicio contra un convecino por cuestión de poquísimos interés, en la que además no estaba la razón de su parte.

Y el Juez de Paz, cumplido caballero, noble y cristiano, de clara inteligencia y de carácter bondadoso, que, pensando piadosamente, goza ya de Dios en el cielo; aquel verdadero Juez de Paz, pues solía componer pacíficamente todas las contiendas sin trámites de litigio y sin costas, viendo la falta de razón del demandante, comenzó buenamente á persuadirle que desistiera de su belicoso proyecto, que no promoviera el juicio.

Hablóle en este sentido un buen rato; y cuando creía tener ya convencido á D. Hilarión, le dijo éste:

—Bien, Sr. D. Antonio, bien... ¿Y usted cree que lo dejo?

—Sí, señor: creo que debe usted dejarlo.

—Pues no lo dejo... Y no crea usted que

es usted el primero que me lo dice. Porque antes de venir á hablar con usted, fui á aconsejarme de D. Eugenio (un sacerdote muy respetable), y me dijo lo mismo que usted, lo mismo, lo mismo: que lo dejara, que eso era una tontería, y que lo dejara... Pues no quise.

—Y entonces, ¿para qué fué usted á aconsejarse de D. Eugenio?—

Lo mismo hace usted que D. Hilarión, señor Charras.

Consulta usted el *canto* con el General Mitre; le enmienda á usted el General un verso, con mucha razón, añadiéndole un *los*, y dice usted:

«Será cuestión de la pronunciación del nombre, ó habré tenido muy mal gusto al hacer el verso; *pero* yo me dije al escribirlo: aunque el verso aparezca *algo duro*, no pondré *los*...»

Bueno, hombre, bueno; no lo ponga usted.

Pero pasará usted por un D. Hilarión argentino.

Porque la razón que usted da para no ponerlo, no puede convencer á nadie.

«... no pondré *los*, porque parece que con esa palabra hubiera querido enaltecer el nombre de un Rey que no pasó de un *corde*.»

¡Qué finuras filológicas!

«En la quinta y sexta estrofa el lápiz ha puesto *no es verso*...»

Verdaderamente no lo es.

Porque dice usted:

«Porque también la *poesía*...»

y esto no puede ser verso octosílabo no diciendo *poesía* ó *poesía*.

El General, con mejor oído, le aconsejó á usted enmendarlo así:

«Pues también la *poesía*.»

Pero usted, grandísimo... D. Hilarión, se rebela y dice:

«Yo sacrificué la forma *por eslabonar mejor* una estrofa con otra.»

¿Y quién le ha dicho á usted que eslabona mejor el *porque* que el *pues*?

¡Vaya con el eslabonador nuevo!

Más adelante puso usted:

«Cual se refleja en el hombre

*El arte* que lo formara.»

El General se lo corrigió á usted poniendo: «*la idea* que lo formara.»

Y usted se rebela contra el General, y enseñando la punta de la oreja de la incredulidad, pregunta con mucho retintín:

«¿Y si yo creyese que no fué *la idea* quien formó al hombre, sino la *naturaleza* artística, pero sin pensamiento?»

Pues si usted creyese eso, creería una tontería muy grande.

«Pero sin pensamiento...»

Usted podrá hablar por sí. Pero de los demás hombres, ¿por qué ha de creer usted que fueron formados sin pensamiento?

En la estrofa sexta había escrito Charras de la poesía:

«Que nació como Minerva  
Para no ser igualada.»

El General se lo enmendó diciendo:

«Es hija como Minerva  
De la cabeza y *del alma*.»

El vate se rebela, como acostumbra, contra la corrección, y enseñando, no ya la punta, sino la oreja entera, dice:

«El señor General Mitre puede escribir eso. Por mi parte no, porque *pienso* de una manera completamente opuesta. Nunca escribo *alma*. Cuando me convenza de que *existe*, entonces sí.»

¡Acabáramos!

Pero entonces, ¿por qué dice usted que

*piensa* de una manera completamente opuesta á la del General?...

¿Parécele á usted que se puede pensar sin alma?

*Pensar* sí se puede; pero lo que es pensar...

¡Infeliz! ¿Y no sabiendo si tiene alma quiere usted ser poeta?...

¡Qué ha de ser usted, desgraciado!

Para ser poeta lo primero es saber que se tiene alma y tenerla en gran estima.

Más adelante acepta, por caso raro, una corrección, y dice:

«El verso *trazado* por mí me tenía *incómodo*; y debido al *poco tiempo que dispongo* (de que dispongo, ¿eh?), *no lo había fundido* (como una campana) con la intención de sacarle *todo lo malo* que tiene, *que es todo* (¡qué gallo de Matías; pero qué verdad!). Si bien se explica que hablo en sentido figurado, no por eso había *de pasar sin pasar* por las horcas caudinas...»

Pasar sin pasar... sacarle lo malo que tiene, que es todo...

Pero, en fin, para escrito sin tener alma, todavía casi es demasiado bueno.

Mas dejemos la carta; y conocido ya el señor Charras como desalmado, vamos á conocerle como vate, ó como versificador siquiera.

Allá va la dedicatoria:

«Ahí están á tus pies, patria querida,  
Esas notas humildes de mi arpa:  
Acéptale el recuerdo á un argentino  
Que siente orgullo de que *seas su patria.*»

¡Huy! ¡Qué verso!  
¿Y éste no se le enmendó á usted el General Mitre?...

«Que siente orgullo de que *seas su patria.*»

*Seas* tiene dos sílabas, y querer encerrarle en una es una iniquidad métrica como otra cualquiera.

Empieza el romance:

«En tiempos de *Boabdil*,  
Último Rey de Granada,  
*Había* una joven mora  
Llamada «la luz de Arabia.»

Hombre, se llamaría Luz con ele grande y no *la* luz... Pero, en fin, no he de ir contra la autoridad paterna de usted, y llámela como quiera.

Mas ¿dónde *había* esa mora?...

Vamos á ver:

«Vivía de la ciudad...»

Vamos... ¿que la ciudad la mantenía?...  
¡Ah! no, no es eso.

«Vivía de la ciudad  
Lo menos á una jornada...»

¿Pero qué ciudad es esa? Porque aunque ha hablado usted de Granada, ha sido no más para dar las señas de Boabdil...

«Vivía de la ciudad

(Sea la que fuere)

*Lo menos* á una jornada,  
En el castillo feudal  
De los antiguos patriarcas...»

¡Buenas y gordas! ¡Castillitos feudales de los patriarcas antiguos de una mora!...

«Era tan diestra en la lid,  
Que cuando en justas entraba,  
Las lanzas de los valientes  
Jamás pudieron tocarla.»

¿Y qué más?

«Con el arte de Corina...»

¿Si será errata y habrá querido decir de cocina?

«Con el arte de Corina